

Rosendo Fraga

El proceso electoral 2009 y la cultura política

Rosendo Fraga

Director del Centro de Estudios

Unión para la Nueva Mayoría.

Analista político, periodista e historiador

La elección legislativa del 28 de junio ha permitido constatar en la realidad concreta, los aspectos centrales de la problemática política argentina.

Analizaremos, en primer lugar, el hecho de que dichas elecciones se realizan en plena crisis económica global, la que llega a la Argentina con sus particularidades.

En segundo lugar, indagaremos el uso del *caos* como idea para polarizar el voto a través del temor, utilizado por el oficialismo durante la campaña.

Seguidamente, abordaremos la relevancia de la provincia de Buenos Aires, epicentro del *duelo electoral* entre Néstor Kirchner y el candidato opositor Francisco de Narváez y, por último, los efectos singulares que ha tenido la sátira y el humor político a través de las imitaciones en la televisión abierta.

La particular situación que vive la función presidencial en la Argentina, la que en realidad ejerce un matrimonio, siendo Néstor Kirchner y no su esposa, quien toma las decisiones del oficialismo, hace que el análisis siguiente se centre en él, dado su rol en la última elección.

1. Una elección durante la crisis global

Roberto Lavagna decía, cuando era ministro de Economía, en 2005 -ya encauzada la recuperación tras la peor crisis socio-económica de Argentina que tuvo lugar entre 2001 y 2002-, que en los sesenta años precedentes -desde que había surgido el peronismo-, la Argentina había sufrido en promedio una crisis económica cada cinco años y que si ahora lograba una década sin ello, podía cambiar su historia.

Pero la realidad es que una combinación de factores externos e internos llevó al país a otra crisis en 2009, percibida en términos generales, como la manifestación local de la crisis global.

De las doce crisis anteriores, dos fueron *catástrofes*: la hiperinflación de 1989 y el estallido de la convertibilidad en 2001. La Argentina hoy no tiene por delante una *catástrofe* como éstas, pero sí está viviendo una crisis como las vividas en 1995 ó diez años antes, a comienzos de 1985, durante la Presidencia de Raúl Alfonsín, cuando un proceso de inflación creciente fue resuelto con la implementación del Plan Austral.

El problema es que las dos *catástrofes* han sido la última y la penúltima, con lo cual parte de la población asimila crisis a *catástrofe*. Quienes hoy tienen menos de cuarenta y cinco años, tienen memoria de tres crisis, pero dos de ellas han sido las que llamamos en este análisis: *catástrofes*.

Frente a la crisis, Obama prefirió la política de asumirla: desde que ganó, dijo que sería larga y que lo peor todavía no había sucedido. El mismo día de la asunción sostuvo que la solución "no será ni fácil ni rápida". Con visión de estadista, prefirió poner a su país frente a la realidad, evitando además que la gran esperanza que ha generado, se transforme rápidamente en decepción.

En la Argentina, la historia muestra que los problemas recién se enfrentan cuando estallan, no hay una política preventiva para evitarlos, como suele suceder en Brasil. De esta manera la crisis es peor de lo esperado, porque hasta último momento se cree que de alguna manera se evitará.

Pero cuando viene la recuperación, la riqueza del país y la capacidad de adaptación de los argentinos hacen que sea más rápida y mejor de lo esperado. Es la manifestación de un país que juega en los extremos y como que no sabe moverse en el justo medio, como históricamente lo ha hecho Brasil. Para la gestión de largo plazo del país, es claro que da mucho más resultado el modelo brasileño de la moderación que el argentino de los extremos.

Es así como en la Argentina las crisis son extremas, como también lo son las recuperaciones. Es un país que no sabe de equilibrios y moderación y ello ha tenido un costo muy alto.

Los argentinos, a medida que han sufrido las sucesivas crisis, se han ido transformando en personas que viven el momento. Cuando llega la recuperación se gasta, sin pensar demasiado en que después la situación puede empeorar. No hay previsión. Ello vale para la conducta individual como para la colectiva, que es la política. Cuando hay ingreso fiscal se lo gasta y lo mismo sucede con los ingresos particulares y el consumo.

En cuanto a la solidaridad, los argentinos no la tienen en el campo público o colectivo, pero sí la tienen y mucha en el ámbito familiar. En una crisis pueden evadir impuestos, pero ayudan a un familiar directo que queda desempleado o a un jubilado o pensionado que no recibe suficientes recursos para subsistir.

La retracción del consumo y la actividad económica se inició en la Argentina antes de la crisis global y fue en el primer semestre de 2008 con el conflicto del campo.

En 2009, dos tercios de las dificultades provienen de la crisis global, que es la más grave desde los años treinta, y un tercio de los errores locales.

En este contexto, la elección legislativa de 2009, se planteó difícil para el gobierno y ello lo llevó a adelantar su fecha -prevista para octubre-, de acuerdo a las normas constitucionales. En una decisión de dudosa legalidad, que la mayoría oficialista en el Congreso aprobó por única vez, llevó la elección al último domingo de junio, es decir, cuatro meses antes.

La apuesta electoral que fracasó para Kirchner, fue que no articulándose un frente antikirchnerista en

la provincia de Buenos Aires, alcanzando un tercio de los votos en este distrito, eludiría la derrota, pese a perder bancas y votos respecto a las elecciones anteriores y ser derrotado en provincias importantes.

En cuanto a la forma de enfrentar la crisis en términos de política local, mientras el kirchnerismo esté en el poder, se profundizarán los disensos, como lo mostró el hecho de no haber apelado en ningún momento a planteos de unidad nacional para enfrentar los efectos locales de la crisis global. La cultura política de los Kirchner es la imposición y no el consenso, como lo muestran 22 años continuos de ejercicio del poder a nivel municipal, provincial y nacional.

Esta sociedad cortoplacista, que vive el momento y no piensa en el futuro, se vive también en la política.

Históricamente, la realidad muestra que los argentinos, al no haber aprendido de las sucesivas crisis, sufren su recurrencia. Si se hubiera aprendido, en la época de bonanza, como fueron los años entre 2003 y 2008, tanto el gobierno como las personas hubieran gastado y consumido menos, ahorrando para la época de las dificultades, pero esto no sucedió.

2. Kirchner o el caos

La historia muestra muchos casos en los cuales los liderazgos políticos se han construido como la alternativa al caos o cómo el poder se ha retenido en momentos críticos con el mismo argumento.

Por esta razón, no resulta tan extraño que Kirchner fijara como eje de la campaña electoral del oficialismo, que si el gobierno perdía la elección, podía precipitarse el *caos*, un *estallido* o entrar en riesgo la estabilidad democrática, como dijo la presidenta.

En el caso argentino se intentaba apelar a la memoria histórica contemporánea, en función de los efectos políticos de las doce crisis económicas sufridas y en particular de las dos *catástrofes*, mencionadas anteriormente. La derrota de Alfonsín en 1987 precipitó la crisis económica que eclosionó en la hiperinflación y la entrega anticipada del poder en 1989, y la de De la Rúa en

2001, que precipitó su caída y el estallido de la convertibilidad.

Esta es la analogía con la cual se intentó llevar a los votantes independientes a que, por temor a estar peor, hicieran un voto por el *statu quo* optando por el oficialismo.

Este argumento olvidaba deliberadamente que en 1997 Menem perdió la elección legislativa de medio mandato, obteniendo 10 puntos menos que la Alianza en el ámbito nacional y quedando 5 por debajo en la provincia de Buenos Aires, donde Graciela Fernández Meijide se impuso a Hilda González de Duhalde, la candidata del peronismo y esposa del entonces gobernador de la provincia y después Presidente provisional durante la crisis de 2002, Eduardo Duhalde.

Pese a dicha derrota electoral, no hubo crisis de gobernabilidad en los dos años siguientes, aunque la economía sufrió el embate de la caída de los mercados asiáticos que arrastró a Rusia en los últimos meses de 1998 y la devaluación brasileña del 30% a comienzos del año siguiente.

Es así que una derrota en la elección de medio mandato no hace inexorable el estallido económico y la entrega anticipada del poder. La capacidad de reacción política de Kirchner después de la derrota electoral, confirmó que la crisis de gobernabilidad tras la derrota en la elección de medio mandato, es posible, pero no inevitable.

Pero además de no ser cierto el argumento, éste resultaba inconveniente por tres razones.

La primera está en el plano de los valores de la política. Jugar a "*yo o el caos*" lleva a la política de todo o nada, de enemigos y no de adversarios. Hace más difícil la convivencia con la oposición y dificulta la tolerancia, sobre todo cuando la sociedad comienza a expresarse políticamente en forma más plural.

La segunda es que aumenta sensiblemente la incertidumbre en la economía. El gobierno podía ganar o perder la elección en la provincia de Buenos Aires y ello era un tema abierto. Si la derrota en este distrito llevaba a un estallido o un caos, quienes tienen que tomar decisiones económicas se retraen aún más y quienes consumen lo hacen menos. Este discurso electoral por parte del gobierno profundizó así los efectos negativos de la